

## EL CUERPO Y SUS VICISITUDES (1ª. y 2ª. parte).

Leonardo Leibson (\*)

“El psicoanálisis implica por supuesto lo real del cuerpo  
y de lo imaginario de su esquema mental”

J. Lacan<sup>1</sup>

El cuerpo, un supuesto del psicoanálisis. ¿Un supuesto saber, un supuesto extraño? Hay una multitud de preguntas que pueden formularse acerca del cuerpo y su lugar en la teoría y la práctica del psicoanálisis. En lo que sigue, intentaremos acercarnos a alguno de los recorridos posibles a los que esas preguntas nos llevan. Tratar de pensar al cuerpo no sólo como un “fenómeno” ni tampoco como una imagen que supuestamente debería descartarse, sino como una cuestión que nos atañe en tanto analistas.

### I. -

“El acto inconsciente ejerce una intensa influencia plástica sobre los procesos somáticos”

“El Icc constituye la auténtica mediación entre lo corporal y lo anímico.”

S. Freud a G. Groddeck<sup>2</sup>

Alma y cuerpo: distinción clásica que de múltiples maneras se ha reiterado a lo largo de siglos de cultura, sufriendo innumerables intentos tanto de afirmación como de confutación. Alma y cuerpo, distinción que fue planteada tanto en términos de complementariedad dialéctica como de oposición insalvablemente contradictoria. Tanto se intentó reunirlos como separarlos tajantemente, ambas actitudes defendidas con encendida pasión.

A primera vista, esta parece una cuestión ajena al psicoanálisis. Sin embargo podemos afirmar que aparece, bajo varias formas, en el discurso de los psicoanalistas, comenzando por el mismo Freud. ¿Cómo entender que “el Icc constituye la auténtica mediación entre lo corporal y lo anímico”? En este enunciado podemos subrayar algunos puntos. En primer lugar: lo Icc<sup>3</sup> se diferencia de anímico y de alma, términos que, sin embargo, Freud utiliza por doquier. Suponiendo que no tomaba al alma en sentido religioso sino en uno más filosófico-psicológico (sustancia que da vida, que anima la materia), este alma estaría tan separada del cuerpo como de lo Icc.

En segundo lugar, que el Icc sea la auténtica mediación, ¿implicaría que puede haber falsas mediaciones? ¿Qué quiere decir aquí auténtica?

Debemos situar esta frase en su contexto. Freud responde a una carta de Groddeck en la que éste le solicita su reconocimiento como psicoanalista. Para obtenerlo, relata su cambiante experiencia con los textos freudianos y su particular apreciación y utilización de ellos. En esa carta dice Groddeck: “... el cuerpo y el alma constituyen una cosa común, en ellos se encierra un Ello, una fuerza por la que somos vividos mientras creemos que somos nosotros quienes vivimos... Desde un principio he rechazado la separación entre dolencias corporales y anímicas, he tratado de tratar al hombre individual en sí, y al Ello que hay en él, he intentado, en fin, hallar un camino que conduzca a lo intransitado e intransitable”<sup>4</sup>. Cuenta sus experiencias con pacientes, incluyendo algunos logros, y de cómo se topó con la transferencia y la resistencia. Concluye preguntando a Freud si le parece lícita esta ampliación del concepto de inconsciente.

Freud responde rápidamente: “hace mucho que no he recibido una carta que me haya alegrado e interesado

tanto”, y dice que le escribirá con “sinceridad analítica”. Unas líneas más abajo, da su veredicto: “tengo que afirmar que es Ud. un espléndido psicoanalista que ha comprendido plenamente el núcleo de la cuestión. Quien reconoce que la transferencia y la resistencia constituyen los centros axiales del tratamiento pertenece irremisiblemente a la horda de los salvajes.” Freud aprueba y suma un discípulo. Incluso, extendiendo su sinceridad, le hace una confesión: “no es preciso ampliar el concepto de Icc para abarcar sus experiencias relativas a afecciones orgánicas. En el artículo que Ud. menciona (“Lo inconsciente”) hallará una breve nota: “Guardaremos para otro contexto la mención de otra prerrogativa importante del Icc”. Quiero confesarle lo que aquí me reservaba: la afirmación de que el acto inconsciente ejerce una intensa influencia plástica sobre los procesos somáticos(...)”<sup>5</sup>.

En rigor, nos cuesta decir qué es lo inconfesable de esta “confesión”. Desde sus primerísimos artículos referidos a la histeria y a los mecanismos conversivos, esto estaba claramente expuesto y publicado. Dos preguntas entonces: ¿por qué Freud se reserva para esta ocasión lo que no publica en ese lugar?; y ¿por qué piensa que Groddeck podría ser capaz de escuchar esta afirmación que casi resuena como una pregunta? ¿Pregunta por los misterios de “lo somático”, ante la cual Groddeck aparecería como apto para despejar?

De todos modos y junto con su entusiasmo Freud también le expresa sus reservas críticas: “¿Por qué desde su bonita base se arroja Ud. a la mística, suprime la diferencia entre lo anímico y lo corporal, y se aferra a teorías filosóficas que no vienen al caso?... Es cierto que lo Icc constituye la auténtica mediación entre lo corporal y lo anímico, acaso el tanto tiempo buscado “*missing link*”. Mas, que al final lo hayamos descubierto no nos permite ver más lejos... Me temo que sea Ud. también un filósofo y tenga la inclinación monística de menospreciar las bellas diferencias de la naturaleza en aras de la seductora unidad. ¿Acaso con ella nos libramos de las diferencias?”<sup>6</sup>.

Freud se deja tomar como maestro, acepta, en cierto modo, la transferencia de Groddeck, deja lugar a un despliegue. A esto Groddeck responder profusamente, tanto en sus declaraciones de amor a Freud como en su producción escrita, de una abundancia y variedad notables (cartas, artículos, libros completos, incluida una novela, quizá lo que más agradó a Freud). A lo largo de toda su correspondencia, Freud no pierde oportunidad para amonestar a Groddeck por su tendencia al misticismo a la vez que lo incentiva a presentar sus escritos teóricos o literarios ante el resto de los psicoanalistas. Podríamos decir que si bien rechaza de plano la intención místico-monista de fusionar alma y cuerpo, se interesa por lo que Groddeck dice intentar: reubicar al cuerpo en un más allá del discurso médico, plantear un Ello que excede al voluntarismo científico desconocedor no sólo del inconsciente sino del alma misma.

La medicina (y no sólo la actual) siempre ha encontrado sentidos en y para el cuerpo. Lacan, en el Seminario XI, dice: “En el límite, la ciencia primitiva sería... una especie de técnica sexual... Tan solo que llega un momento en que la amarra con la iniciación sexual del mecanismo se rompe... y esta ruptura se realiza tanto más tarde cuanto más implícita, menos señalizada, está la función del signifiante”<sup>7</sup>. Es sabido que a partir de Freud el cuerpo se ha desamarrado de lo puramente biológico<sup>8</sup>. Así como el instinto de la biología (o de la psicología) deja paso a la pulsión (Trieb), así también el cuerpo deja de ser el organismo concebido como una máquina cuasiperfecta con leyes cognoscibles y predecibles. El cuerpo deja de ser esa unidad científizable, se fragmenta en el mismo momento de soltar amarras.

Agreguemos que ese soltar amarras de Freud con respecto al saber médico-biológico es, simultáneamente, un quemar las naves: no hay retorno posible ya. Entonces, ¿de qué se trata cuando en psicoanálisis hablamos de cuerpo?

La experiencia parece indicar que se trata, básicamente, de un equívoco. El cuerpo (sus apariciones) es equívoco en la clínica; no podría dejar de serlo en la teoría.

Para Freud el cuerpo es un límite, que se revela como tal, en toda su magnitud, al hablar de lo *unheimliche*, lo siniestro. El cuerpo es lo extraño en lo familiar, pero no por sí mismo (aquí lo enigmático) ni por sus determinaciones biológicas (aquí el desamarre), sino por estar íntimamente vinculado a la sexualidad y a la muerte. Para Lacan, el cuerpo pasa por distintos momentos de su enseñanza, recorriendo, no sin dificultades, diversas vicisitudes en su articulación con lo simbólico, lo imaginario y lo real<sup>9</sup>.

No tener en cuenta al cuerpo como equívoco (o dicho de otra manera: como metáfora) o pensar que la cuestión se resuelve de un plumazo diciendo que “el cuerpo es imaginario”, es no tener en cuenta las dificultades que este cuerpo ofrece. Dificultades derivadas, en parte, de la multiplicidad de versiones del cuerpo en la clínica. Casi podría plantearse una estilística de estas variaciones: histeria, neurosis obsesiva, perversiones, hipocondría, síndrome de Cottard, “fenómeno psicossomático”, etcétera<sup>10</sup>. Asimismo, las dificultades para leer ciertas metáforas biológicas<sup>11</sup> en Freud e incluso en Lacan. Motivos suficientes para introducir el equívoco del cuerpo planteado como pregunta: ¿de qué se trata cuando se habla del cuerpo en psicoanálisis?

## II.-

“Si el sentido es lo que resuena con la ayuda del significante, el cuerpo sólo lo hace mediante la poesía.

La resonancia es de vacío, de falta, efecto de agujero. Efecto que -no otro- entrelaza los cuerpos de la poesía con la poesía del cuerpo en los bordes de su escritura... El sujeto del inconsciente no toca el alma sino a través del cuerpo.”

S. Glasman<sup>12</sup>

Retomemos la curiosa relación epistolar entre Freud y Groddeck. Podríamos aventurar la hipótesis de que a Freud le resultaba más interesante Groddeck como escritor que como médico. De hecho, lo atractivo (a la vez que “peligroso”) de la propuesta de Groddeck (y quizás a pesar de él mismo) consiste en esta suerte de transbiologización del cuerpo, esto es, la posibilidad de leer en un cuerpo enfermo un organismo transfigurado por el lenguaje: un cuerpo que se estructura como un síntoma, por el lenguaje.

Incluso el Ello que propone Groddeck no deja de ser una metáfora que Freud adopta, aunque luego le dirá que “mi Ello no es el suyo”<sup>13</sup>. Podríamos postular entonces que lo que Freud lee en los planteos de Groddeck son las resonancias de un cuerpo que solo puede ser entendido como intermediado por lo inconsciente, por las leyes de lo inconsciente: condensación y desplazamiento. Hoy podemos agregar: un cuerpo hecho a fuerza de metáfora y metonimia, un cuerpo creado por la retórica que lo intermedia en tanto que, propiamente, lo engendra.

El cuerpo es metáfora porque es cicatriz que viste una desnudez: la desnudez descarnada del significante. El cuerpo es metáfora porque anticipa un plus de sentido inaprensible que evoca el goce imposible de otro cuerpo que habría sido propio. El cuerpo es metáfora porque siempre se lo ubica cuando se trata de sustituir ese goce perdido. Y siendo metáfora, el cuerpo participa de la poesía y de lo mítico<sup>14</sup>. En otra carta a Groddeck, de 1921, Freud escribe: “tengo un talento especial para conformarme con lo fragmentario”.

El cuerpo que para la medicina era una maquinaria totalizada e idéntica (para la medicina científica todos los cuerpos son El cuerpo, siempre el mismo), desde el psicoanálisis aparece fragmentado. Y es por esta fragmentación que se singulariza. Las parálisis histéricas no siguen las vías de una anatomía idéntica que no reconoce diferencias sino que recortan territorios singulares dibujando así una anatomía “vulgar”, esto es, específica<sup>15</sup>. La unidad natural del cuerpo se fragmenta y “las bellas diferencias de la naturaleza” aparecen insalvables, aunque quizás no tan bellas.

Asimismo, el “cuerpo propio” de la psicología, sustento de la identidad, se vuelve un cuerpo extraño, un Ello (no como portador de un saber, como le suponía Groddeck, sino como tercera persona que, como bien aclara Benveniste, no es ninguna persona). El cuerpo-microcosmos, cargado de significados reveladores del macrocosmos, pasa a padecer del significante, a perder sentido, a convertirse, nuevamente, en un problema.

Freud, al comienzo de la epicrisis del historial de Isabel de R., se disculpa porque su exposición sea más literaria que científica<sup>16</sup>. Es que haber escuchado la literalidad de lo que Isabel decía a partir del cuerpo lo llevaba inevitablemente a eso. Evidentemente, el cuerpo de Isabel no era ni mecánico ni propio sino más bien un cuerpo literario o más precisamente, poético. O quizás deberíamos decir que Freud escuchó el mito individual que Isabel desconocía llevar inscripto en su cuerpo gozosamente sufriente.

Cuando Freud llama a la teoría de las pulsiones “nuestra mitología”, ¿debemos suponer que así desestimaba sus enunciados? Cuando en “Más allá del principio del placer” Freud apela al mito del andrógino para ilustrar la hipótesis de la pulsión que busca el retorno a un estado anterior, buscando la articulación entre la sexualidad y la muerte, Freud habla de que estas son sus “especulaciones”. No por ello deja de afirmar lo que allí dice. ¿Por qué, como dice Lacan, “en lo concerniente a la sexualidad Freud nunca intentó rebasar esta forma del mito”<sup>17</sup>? Veremos cómo, paradójicamente, Lacan lo rebasa... proponiendo otro mito.

### III.

Sexualidad y muerte; pulsión y libido; satisfacían, goce. Todos términos íntimamente ligados a lo que del cuerpo, siguiendo a Freud y a Lacan, podemos pensar en psicoanálisis. El cuerpo en psicoanálisis es fragmentario porque deviene de estos conceptos fundamentales. Si para su constitución el cuerpo requiere de la imagen del cuerpo del otro en la operación de completamiento imaginario anticipado que Lacan describe como estadio del espejo es porque el destino del cuerpo es fragmentario, esto es que esa imagen del cuerpo está marcada por las líneas de fractura que, tras el velo platinado que las cubre, evocan lo imposible de la unidad, lo imposible del retorno, dado que, para constituirse de ese modo, algo ha debido perderse, algo cae fuera. A partir de esa pérdida habrá cuerpo, que ya nunca será propio.

Porque el cuerpo, entonces, no es el organismo, el cuerpo falla en la relación sexual, o mejor dicho, repite la ausencia de relación sexual. Los organismos, macho y hembra, podrían haber sido hechos el uno para el otro, perfectamente complementarios y fusionables, como quería Aristófanes. La sabia Madre Naturaleza (como quieren los científicos del sabio positivismo) habría hecho a hombre y mujer perfectamente acoplables. Pero el organismo falta a la cita porque es a través del cuerpo -y solamente así- que los parlantes accedemos a la imposibilidad de esa relación<sup>18</sup>.

El cuerpo, en este sentido, es in-orgánico; el órgano que le falta, y que por eso hace que el cuerpo tome cuerpo, es lo que Lacan, en su propio mito, bautiza como laminilla, designando así a la libido en tanto órgano de la pulsión.

El cuerpo no es un *Grundbegriff*, un concepto fundamental del psicoanálisis. Es un problema.

El cuerpo es un palimpsesto, una superposición de capas de escritura que, en ciertos lugares, se hacen visibles como imagen del cuerpo. El resto, lo no visible, lo que no se ofrece a la mirada, es el resto de escritura que permanece mudo: silencio de la vida, pulsión parcial, pulsión de muerte. El mito de la laminilla se inserta en esta mudez.

En “Posición del inconsciente”, Lacan, luego de haber planteado los dos movimientos de producción del sujeto (alienación separación), dice: “En cuanto a la sexualidad que podría recordárenos que es la fuerza con que tenemos que vérnoslas (...) Vamos a tratar de aportarle algo más nuevo, al recurrir a una forma que Freud mismo en este asunto nunca pretendió rebasar: la del mito.”

Esta forma es usada argumentativamente por Lacan para tratar de dar “una articulación simbólica más que una imagen” a “la relación, en la que el sujeto toma su parte, de la sexualidad, especificada en el individuo, con su muerte.”

¿Por qué Lacan hace uso del mito aquí, “en su judo con la verdad”, si, según sus propias palabras, es una forma que siempre ha evitado utilizar? Podemos citar a J. B. Ritvo: “El relato mítico tiene una virtud eminente que es su poder de sugerir en y a través de las secuencias que resueltas se encadenan, aquello que ni se resuelve ni se encadena, aquello que es un límite y un punto de detención..., una fuente de enlaces y consonancias que se entrelazan en ningún lugar”. Y luego agrega: “El mito no se opone al concepto: lo suplementa y al hacerlo permite que no se cierre sobre sí perdiendo la dimensión de la carencia de marca”<sup>19</sup>. El cuerpo participa de lo mítico, tomando al mito como posibilidad de narrar épicamente el retorno de un límite imposible<sup>20</sup>.

Lacan va a plantear este mito apadrinándose en el que Platón le hace decir a Aristófanes en el ámbito de un symposium en el que Eros da que hablar<sup>21</sup>. Ahí habla Aristófanes de ese “animal primitivo de dos espaldas en el que se sueldan unas mitades tan firmes al unirse como las de una esfera de Magdeburgo”. Forma esférica

compuesta por mitades complementarias que tienden naturalmente la una hacia la otra, buscando restablecer un estado anterior. Esto último es lo que Freud enfatiza al citar este mito como ilustración de sus especulaciones acerca de la pulsión de muerte: el retorno a un estado anterior, reencontrable en la fusión erótica<sup>22</sup>.

Lacan equipara esta esfera al huevo y, en una maniobra de clara inspiración topológica, produce un desgarramiento sobre ella. Lo que obtiene es una superficie ultraplana que, en principio, llama la *hommelette* y de la cual dirá que es “el fantasma (...) de una forma infinitamente más primaria de la vida”. Además de ultraplana, le atribuye ser “omnisciente, por ser llevada por el puro instinto de vida” e “inmortal, por ser escisípara”.

Se rompe el huevo para hacer la tortilla, y así “se hace al Hombre (*Homme*), pero también la *Hommelette*”. Algo, dice Lacan, se escapa en el momento del parto y se pierde para el viviente. Eso, que corretea y es intranquilizador (“a nadie le gustaría que eso venga a envolverle el rostro mientras duerme”), eso que se guía por lo “real puro” por lo cual no reconoce obstáculos, aparece como imposible de educar o de ponerle trampas.

Este mito “nos presenta la libido como lo que es, o sea un órgano (...) Este órgano debe llamarse irreal, en el sentido en que lo irreal no es lo imaginario y precede a lo subjetivo condicionándolo, por estar enchufado directamente en lo real”. Y esta libido “en tanto que puro instinto de vida irreprimible, de vida inmortal (...) es lo sustraído al ser vivo desde que está sometido al ciclo de la reproducción sexual”.

El viviente (ser viviente, no sujeto) pierde la inmortalidad al estar sometido a la sexualización. Pero, agrega Lacan, el ser irreal, no le impide a este órgano encarnarse, estar en relación con el verdadero órgano. Es ahí donde “se decide la función de ciertos objetos”, que Lacan escribe como a.

“La libido es esa laminilla que desliza el ser del organismo hasta su verdadero límite, que va más allá que el del cuerpo (...) El sujeto hablante tiene el privilegio de revelar el sentido mortífero de ese órgano, y por ello su relación con la sexualidad. Esto porque el significante como tal, al tachar al sujeto de buenas a primeras, ha hecho entrar en él el sentido de la muerte. Por esto ... toda pulsión es virtualmente pulsión de muerte.”<sup>23</sup>

Este “órgano de lo incorporal” se encarna haciendo cuerpo de la carne, mediante el Verbo. Eso inexistente que se pierde es el cuerpo quien lo recuerda, cuerpo que deber entonces extrañarse en el espejo, haciendo impura la ausencia.

En este sentido es que decíamos que el cuerpo es in-orgánico; el órgano que le falta (la laminilla, la libido, el goce) hace que el cuerpo sea cuerpo. La pulsión, pulsión parcial, pulsión de muerte, busca retornar a este in-orgánico. Recortando al cuerpo busca el órgano perdido, por definición inhallable.

Cuerpo y organismo quedan escindidos. El cuerpo queda entonces como el lugar equívoco de un acontecimiento anticipado e imposible: el reencuentro con lo real de la vida, con el goce de la vida. Aún en el instante de la muerte la llegada es a destiempo. No porque haya un cuerpo que perezca y un alma que trascienda sino porque la disyunción cuerpo-goce (tal como la plantea Lacan en “La lógica del fantasma”) está marcada a fuego como condición y como causa. Como dice M. Blanchot, no hay posibilidad de morir en “el momento justo”, porque “lo propio de la muerte es su injusticia, su falta de precisión”<sup>24</sup>. El cuerpo no es lo mortal sino que está marcado por este “ser mortífero”. Pierde la inmortalidad, aunque no por ello gana la muerte. No hay certeza de la muerte como no hay certeza del cuerpo que siempre, al intentar apropiármolo, queda un paso más allá, siempre como monumento evocador de la imposible conjunción de significante y sexualidad.

#### IV.

Entonces, que “lo *Icc* es el auténtico mediador entre lo psíquico y lo somático” implica que esta mediación no reúne sino que media desde un lugar de ex-centricidad.

Que la laminilla se encarne implica, previamente, posibilidad de metáfora. Si no hay metáfora que encadene al goce en su vacío el cuerpo no dejar de ser organismo, pero entonces tampoco habrá sujeto posible sino “ser viviente”.

La distinción entre alma y cuerpo, que Freud defiende a rajatabla ante el monista Groddeck, retorna al plantear la cuestión del llamado fenómeno psicósomático<sup>25</sup>[8]. Rescatar este dualismo no es más que sostener a lo Icc como la hiancia lógicamente necesaria entre cuerpo y goce, única posibilidad de leer, en psicoanálisis, lo que del cuerpo comporta como “rechazo del goce, para que pueda ser alcanzado en la escala invertida de la Ley del deseo”<sup>26</sup>[9].

El cuerpo se extraña en el espejo, y el goce que el sujeto extraña es lo que ahí no se refleja. Imposibilidad del cuerpo, tan clara como la imposibilidad de agotar una metáfora.

(\*) Psicoanalista, Buenos Aires, Argentina. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología, Faculty Member Art Theory+1 Psicoanalista. Médico (UBA), Especialista en Psiquiatría (APSA). Profesor Adjunto Regular de Psicopatología, Cátedra II, Facultad de Psicología, UBA. Docente de la Maestría en Psicoanálisis, Facultad de Psicología UBA. Docente de posgrado del Instituto de Altos Estudios Universitarios (Barcelona, España). Director de proyecto UBACyT(Universidad de Buenos Aires Ciencia y Técnica). Miembro del Foro Analítico del Río de la Plata y de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano. Docente del Colegio Clínico del Río de la Plata. Docente y Supervisor del Hospital de día (turno tarde) del Hospital Álvarez y de otros Servicios Hospitalarios de Salud Mental. Coordinador del Servicio de Psicopatología (adultos) de la Cátedra II de Psicopatología, en la sede San Isidro de la UBA (Secretaría de Extensión Universitaria). Director médico de “el hostel, casa de medio camino”. Autor de “La Máquina Imperfecta. Ensayos sobre el Cuerpo en Psicoanálisis” (Letra Viva 2018), “Los cuerpos freudianos y sus estados gozantes. La máquina imperfecta II” (Escabel Ediciones, 2020) y coautor de “Maldecir la Psicosis” (Letra Viva, 2013) y “La perfecta desnudez. Conversaciones desde Alejandra Pizarnik” (Letra Viva 2018), entre otras publicaciones.

**Publicado en: <https://leoleibson.blogspot.com/>**

**<https://leoleibson.blogspot.com/2008/05/el-cuerpo-y-sus-vicisitudes-1a-parte.html>**

**<https://leoleibson.blogspot.com/2008/05/el-cuerpo-y-sus-vicisitudes-2a-parte.html>**

***Volver a Bibliografía Georg Groddeck***

***Volver a Newsletter-19-ALSF-ex-73***

## Notas al final

- 1.-Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano, Escritos I, Ed. Siglo XXI, México, 1980, p g. 315.
- 2.- S. Freud-G. Groddeck : Correspondencia. Ed. Anagrama, Barcelona, 1977.
- 3.-Lo Icc, así escrito, fórmula que Freud propone para designar a lo inconsciente en su sentido sistemático, el propiamente psicoanalítico. Cf. “Nota acerca del concepto de Inconsciente en psicoanálisis” (1912).
- 4.- Cf. Ibídem nota 1, p. 33
- 5.- Cf. Ib. nota 1, p. 38
- 6.- Ib., p.39
- 7.- Cf. también las consideraciones que hace Lacan acerca de la medicina moderna, afectada por la ciencia, en “Psicoanálisis y medicina”, en Intervenciones y textos, Ed. Manantial, Bs. As., 1985, pp. 86 y ss.
- 8.- Suponiendo que pudiera existir, entre los mortales parlantes, algo puramente biológico; esto es, suponiendo que “lo biológico” mismo, como lo sugiere Freud hacia el final del cap. VI de Más allá del principio del placer, no sea también un “lenguaje figurado”, una metáfora.
- 9.- Cf. L. de la Robertie, Le corps (Textes de Jacques Lacan), en Rev. Littoral, no 27/28, Paris, 1989, pp. 157-171.
- 10.- ¿Quién es responsable de esta multiplicidad de estilos? ¿El cuerpo, con una supuesta autonomía? ¿La estructura? ¿O la posición (el punto de vista) del analista? (Cf. E. Porge, El analista en la historia y en la estructura del sujeto como Velázquez en “Las Meninas”, Ed. Escuela Lacaniana de Psicoanálisis).
- 11.- La expresión “metáfora biológica” no deja de ser engañosa, si bien en primera instancia nos permite un acercamiento a la lectura de algunos pasajes de la obra freudiana. Que leamos como metáforas lo que otros toman como silogismos científicos marca una lectura y una práctica. Sin embargo, no podemos contentarnos con pensar que recurrir a la retórica nos allane el camino sin más. Estas metáforas requieren ser analizadas, descifradas para que realmente sean tales, esto es, que transmitan un plus de sentido. El vaciamiento de sentido explicativo de la biología es un efecto de este desciframiento. Si no lo hacemos, el contra efecto puede ser un retorno de lo biológico en el discurso del psicoanálisis, en expresiones frecuentemente utilizadas (aunque sea vergonzantemente), como “descarga”, “metabolización”, u otras analogías.
- 12.- S. Glasman, Resonancias del cuerpo, en Cuadernos de psicoanálisis, año X no 1, Ed. Altazor, Buenos Aires, noviembre 1980.
- 13.- En la carta del 18-6-25, escribe Freud: “En su Ello no reconozco como es natural a mi Ello, civilizado, burgués, despojado de misticismo. Sin embargo, como sabe, el mío deriva del suyo.” Y anteriormente (navidades 1922) le decía: “Pienso que Ud. ha adoptado el Ello (en sentido literario, no asociativo) de Nietzsche. ¿Puedo formularlo así también en mi escrito?” (Cf. op. cit., pp. 112 y 89).
- 14.- Entendiendo que la metáfora, tal cual Lacan la plantea en, por ejemplo, “La metáfora del sujeto”, implica que uno de sus cuatro términos, heterogéneo a los otros tres, sea real. Ver, también, la fórmula de la metáfora empleada por Lacan en el Seminario “La lógica del fantasma”, inédito, sesión del 14-12-66.
- 15.- Cf. Freud, S., “Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas” (1888/1893), O.C., B. Nueva, t. I, p. 13.
- 16.- Cf. O.C., B. Nueva, T. I, pág. 124. También ahí, hacia el final de la epicrisis, Freud hace mención del “acto mediante el cual crea el histérico, por simbolización, una expresión somática... tomando al pie de la letra las expresiones metafóricas de uso corriente”(pág. 136).
- 17.- Cf. Posición del inconsciente, pág. 380.
- 18.- [1] “El cuerpo no escribe prosa, desconoce la cópula que se refugia en el lenguaje, practica el verbo como pasaje del sujeto a su división en el goce”. S. Glasman, op cit.
- 19.- [2] J. B. Ritvo, Mito, paternidad y metapsicología, en Rev. Conjetural no 12, Ed. Sitio, Bs. As., abril de 1987.
- 20.-[3] J. B. Ritvo, Mito, castración y goce, en Rev. Conjetural no 15, Ed. Sitio, Bs. As., abril de 1988.
- 21.-[4] Platón, El banquete, Edim., Madrid, págs. 32 y ss.
- 22.-[5] No necesariamente de los sexos macho-hembra, porque Aristófanes se encarga de aclarar que podría haber esta tendencia erótica al reencuentro también entre dos mitades macho o dos mitades hembras; pero queda de todos modos afirmada la idea de dos mitades complementarias que podrían reunirse, lográndolo por el amor. Quizás sea más interesante la versión judía del mito: “Adán fue creado originalmente de un cuerpo masculino y otro femenino unidos por la espalda (...) Dios dividió al andrógino y dio a cada mitad una nueva parte trasera. A esos seres separados los puso en Edén, prohibiéndoles que se unieran”. (“Los mitos hebreos”, de R. Graves y J. Patai, citado en Rev. Uruguay de psicoanálisis, no 61, p g. 55. El subrayado es mío.)
- 23.- [6] Cf. Posición del inconsciente, Escritos 2, Siglo XXI, México 1980, pp. 380 y ss. También Lacan retoma el mito de la laminilla en el Seminario XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, ....., especialmente en la sesión del 20-5-64 (pág.....).
- 24.-[7] Cf. M. Blanchot, El espacio literario, Ed. Paidós, pág. 107.
- 25.-[8] El sujeto no podrá ya apropiarse de la muerte, aunque a veces lo intente a través de su cuerpo. Quizás podríamos ubicar aquí al llamado “psicosomático”, que cree estar siempre más acá de la muerte y por eso la busca como se busca en el amor: dando lo que no tiene, dando su organismo. Ese organismo que no tiene, en tanto es parlante, pero que parece tener, aunque bajo una forma diversa al cuerpo: la del cadáver. Cadáver insepulto del fenómeno psicosomático: lo lesional, la necrosis, la muerte amputante. ¿Cómo ubicar este cadáver en relación al cuerpo? Si el cuerpo es metáfora (intersección de lo simbólico y lo imaginario) el cadáver es retorno desde lo real de lo que no pudo metaforizarse. Tal vez es por eso por lo que el “psicosomático” habla del organismo y no de su cuerpo. Parafraseando a Lacan podríamos decir que el “psicosomático” es un “sin-cuerpo”: la no puesta en juego de ciertos significantes hace que el cuerpo como metáfora, sustitución de esa pérdida, no se constituya como

tal. Muchos intentos de abordar al “psicosomático” recaen en la vía de la analogía, compuesta por cuatro términos homogéneos y proporcionales. La experiencia muestra que si de algo padece el “psicosomático” es de proporcionalidad. Quizás se trata de restablecer una improporción, por la vía de la metáfora, para que el “psicosomático” pueda hacer cuerpo, y perderlo. Si no, lo que encuentra es el cadáver. ¿Será entonces el jeroglífico psicosomático un intento fallido de reencontrar el deseo por la vía de la cadaverización parcial del cuerpo?

26.-[9] Subversión del sujeto..., pág. 338.